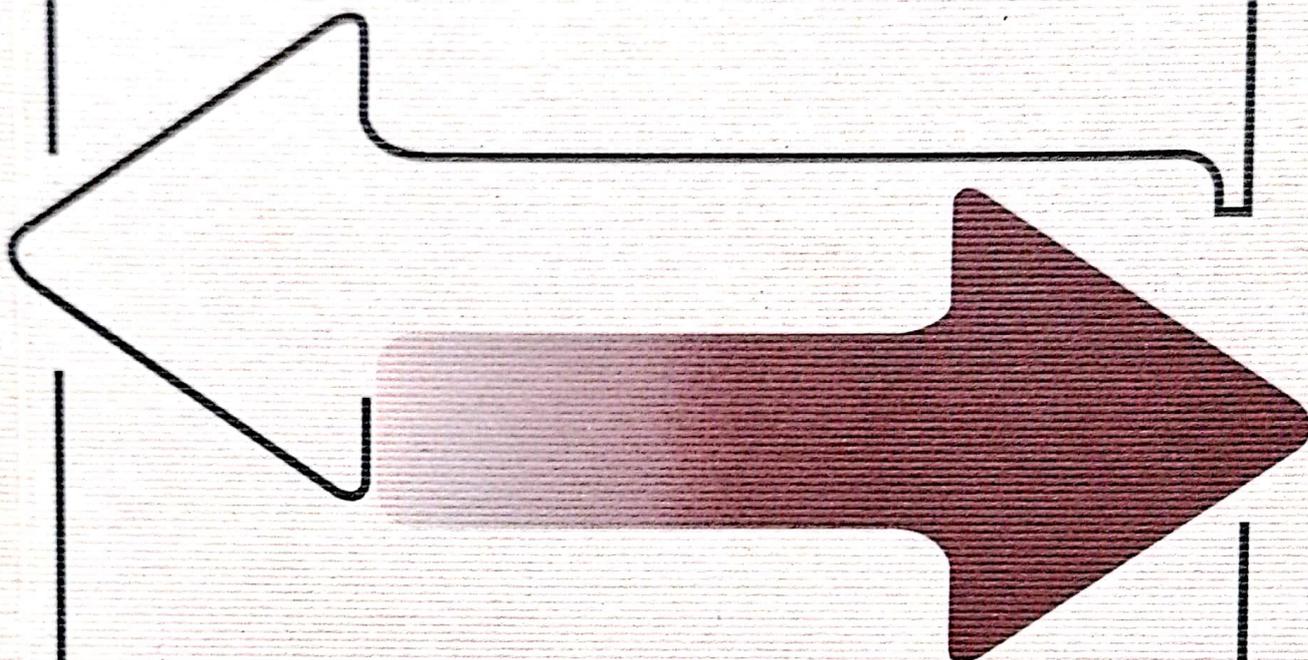


SURES

INVIERNO 2018 • TÁNGER



LAS VOCES DE LOS CAFÉS



SureS

Copyright : Santiago De Luca

Dépôt Légal : 2018PE0044

ISSN : 2605-7271

**Dibujo de la portada HERNAN RICALDONI
(Necochea, Argentina)**

**Diseño, maquetación e impresión :
Imprimerie Litograf
litografcom@gmail.com**

Indice

5. **Santiago De Luca** La lágrima en el Café
9. **María Dueñas** El Café es un lugar donde todo puede suceder
12. **Alberto Gómez Font** De Cafés, bares y escritores
20. **Alejandro Dolina** La indiferencia de las mesas
33. **Ali Tajiti** Los últimos soñadores de los Cafés de Tánger
39. **Randa Jebrouni** Cavilaciones desde Tingis y Hafa
44. **Lola López Enamorado** Juan Goytisolo y el Café de France en Marrakech
47. **Alberto Mrteh** El Café literario de Rissani
50. **Rajaa Dakir** ¿Hay Cafés literarios en Rabat?
55. **Ahmad Yamani** Cafés culturales de El Cairo
60. **Castón D. Bozzano** El Cairo, amor a primavera vista
63. **Jack Atmore** Caffè Trieste, The San Francisco that stayed
—
Cuaderno fotográfico:
67. **Los Cafés de Buenos Aires**
71. **Los Cafés de Tánger**
—
75. **Cuillermo Canales** Luces en la ciudad. José Canales en Tánger
89. **Simy Zorrad Chocron** Los Judios marroquíes en Argentina
96. **Rosa García** El Mudéjar en Santa Fe
100. **Jordi Mas** La arquitectura doméstica en el Tánger
Decimonónico
106. **El-Cuirí Bouchil** Un té con el Maestro Alfombrista
—
116. El Diván de los vientos :
117. **Miguel Rollón**
119. **Khalid Raissouni**
122. **Marta Fuentes Rodríguez**
124. **Trino Cruz**
127. **Ahmod Hachom Raisuni**

Juan Goytisoló y el Café de France en Marrakech

El Café de France siempre fue para Juan una extensión de su casa, un lugar familiar y cercano al que acudía al caer la tarde, y en el que pasaba largos ratos charlando con los amigos, disfrutando con los cinco sentidos.

En la distancia, Juan solía mostrarse huraño, arisco, esquivo. Acortar esa distancia siempre fue un reto que valía la pena. Porque, en la distancia corta, Juan se volvía familiar, alegre, risueño, sus ojos se iluminaban y recordaba mil historias que iban cobrando vida en él. En la terraza del Café, narraba anécdotas y recuerdos con un entusiasmo y un humor contagiosos. Y establecía con su interlocutor una complicidad a la que no tenía acceso aquel que no se atreviera a romper la barrera y pasar, de su mano, al otro lado. En las anécdotas aparecía el presidente de Méjico, que, aconsejado por Carlos Fuentes, pidió saludar a Juan. Juan le dijo que lo recibiría encantado en el Café de France, y las autoridades de la ciudad colocaron una gran alfombra roja que acababa justo a la entrada del Café, donde Juan esperaba sorprendido del lío que había montado sin saberlo. O el joven ratero de la Plaza, a quien unos extranjeros pidieron que les hiciera una fotografía. Juan, sentado en su sitio habitual, en el Café de France, vio cómo el improvisado fotógrafo se fue alejando para encuadrar bien en la foto a la pareja, hasta que estuvo lo suficiente lejos para salir

corriendo, dejando a los inocentes turistas sin su foto y sin su cámara.

Juan no era huraño sino tímido. Juan no era lejano sino familiar. Juan daba lo mejor de sí mismo cuando estaba rodeado de gente sencilla. Su vínculo con las gentes de la Xemá el Fná se basaba en la admiración y profundo respeto que sentía por ellos y por sus oficios: por los acróbatas, los encantadores de serpientes, los contadores de cuentos... En el Café de France, rodeados de amigos, a su lado, y en *dariya*, he pasado los mejores ratos. Juan fue siempre un gran conversador. En magnífico español, siempre. En francés e inglés, sin esforzarse por mostrar un buen acento. Hablaba con soltura el árabe dialectal de la gente, de su gente, porque le gustaba relacionarse con ellos sin sentirse extranjero. Con disciplina, aprendía cada día palabras y expresiones nuevas que practicaba en cuanto llegaba a la Plaza, en cuanto se formaba la *halqa* en torno a él, en las mesas del Café de France. Era un verdadero disfrute participar en las charlas del Café. Los hombres comentaban tanto las noticias de la vida pública, como las más caseras. La paliza que habían dado a un ladrón en el autobús, o la boda de un amigo, por ello ausente en esa tarde y al que echaban de menos. A veces, algún español se atrevía a acercarse a la mesa, saludaba a Juan e incluso le pedía posar para una fotografía o firmarle un autógrafo. Juan los trataba con una amabilidad exquisita, pero nunca se prestaba al juego de la fotografía, alegando un daño irreparable en sus ojos si por azar saltaba el flash, y rara vez dedicaba un libro, haciendo más un garabato irreconocible y escaso que una firma o nada parecido. Cuando la tortura acababa, volvía a la charla con sus amigos, y retomaba enseguida los temas serios y los triviales, la política o el tiempo, la apertura de un nuevo hotel o el ruido de la Plaza, y todo con el buen humor

que es sello inconfundible de los buenos marrakchies. Una noche me confesó, tras despedir a una pareja especialmente entusiasta, "si se me acercaran muchos más, me iría a vivir a Oukaimeden".

Las historias del Café de France son innumerables, todas divertidas, todas repetidas a los amigos, y recordadas una y mil veces. Juan refería a menudo el abrazo que le dio una señora, emocionada hasta las lágrimas, a la vez que le decía: "¡¡Es usted Camilo José Cela en persona!! ¡¡Qué honor!!". Juan prefirió no sacarla del error.

En torno a ese mundo de compañeros de risas y de historias, giraban otros. Los pobres que cada tarde se acercaban a Juan a pedirle unas monedas, la preocupación de Juan antes de ir a la Plaza, al atardecer, por llevar cambio en los bolsillos. Su regreso del Café a casa, con unas últimas monedas preparadas para la mujer que mendigaba con su bebé, en la esquina de Kannaría.

En Marrakech, cuando el frío nos hacía temblar, Juan venía al Café tan abrigado que parecía un oso polar. En esas frías noches llevaba dos jerseys, un pantalón de deporte bajo otro pantalón de pana, y encima de toda esa ropa, su chaquetón al que llamaba Sarajevo, porque lo había comprado allí. Todos los que lo conocieron recordarán su aspecto de oso polar, sentado en el Café, envuelto en el mullido Sarajevo, con la cabeza asomando entre tanta ropa.

Mientras quede un recuerdo de los seres queridos, no morirán. Y sé que Juan tardará mucho en morir para los habitantes de Marrakech, para los amigos del Café de France, para todos nosotros.

Lola López Enamorado, arabista, doctora en Filología y profesora de Estudios Árabes en la Universidad de Sevilla, actualmente es directora del Instituto Cervantes de Tetuán, y antes de Marrakech y Casablanca.